

# Un drama en la catedral

## Suicidio de Sofía Ahumada<sup>1</sup>

**¡SENSACIONAL Y TERRIBLE NOTICIA!**

**UNA SEÑORITA**  
que se arroja  
**DESDE LA TORRE DE CATEDRAL**

El día 31 de Mayo del presente año de 1899 y como á las once y treinta minutos de la mañana tuvo efecto el lamentable y terrible acontecimiento que vamos á narrar:

• Una bella Señorita Huérfana que contaba veinte años de edad conocida con el nombre de Sofía Ahumada vestida con gran elegancia, subió á las torres de Catedral acompañada del Relojero Bonifacio Martínez, su ayudante Vicente Estrada y otras dos personas de apellido Aguilar una y la otra Martínez.



<sup>1</sup> Tomado de *Campanario de luz*, de Jesús Francisco Conde de Arriaga, publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana, 2013.

TERRIBLEMENTE TRÁGICO, espantosamente absurdo fue el medio empleado por Sofía Ahumada para privarse de la vida. El suicidio de esta joven, por la rareza del medio empleado, ha causado honda sensación en la capital, haciéndose circular múltiples versiones referentes a su muerte forjadas en las imaginaciones del vulgo, agrandadas por la fantasía de los narradores o sencillas e indiferentes por parte de los escépticos que no ven en este caso más que la cesación de la vida de un ser vencido en la lucha tormentosa de las pasiones.

Ese corrillo de historias incubadas en la corta duración de dos segundos, surgidas de la vertiginosa caída de Sofía, recorrieron la ciudad con la velocidad del rayo. Nada más terrible e imponente que ver despeñarse un cuerpo que lleno de juventud y de vida va a estrellarse en el pavimento o en el fondo de obscura sima.

¿Qué causas impulsaron a la desventurada Sofía a matarse? ¿Estamos frente a un suicidio excepcional o ante un delito horrible? A esto tiende la averiguación de la autoridad; y pronto la luz clarísima de la justicia alumbrará con irradiaciones meridianas los ensangrentados despojos de la desventurada joven, víctima de un desequilibrio en sus ideas o de las salvajes pasiones de algún malvado.

No era precisamente una belleza pero su agraciado semblante, encuadrado por abundantes cabellos castaño oscuro y alumbrado por dos ojos claros, atraía sobre ella las miradas de muchos individuos que la galanteaban. Joven, muy joven, tendría 16 años y ya pisaba los umbrales de una juventud tormentosa, siendo su porvenir, a lo que parece, el nebuloso horizonte de un pudridero donde se cotizan las caricias.

No había rodado aún y tal vez prefirió la negrura de una fosa a la negrura no menos abrumante del deshonor.

¿De dónde vino? Nadie lo sabe.

Se le veía cruzar siempre alegre y sonriente por las calles de la colonia Guerrero y una pollería inquieta de obreros, sastrecillos y estudiantes, formaban su séquito. Para todos tenía sonrisas y esperanzas.

De estatura mediana, esbelta y cimbreante cintura, su pie breve y calzado con primor taconeaba reciamente en los embanquetados, atrayendo las miradas de todos.

Diez y seis años y cuatro novios.

No puede pedirse más precocidad; por eso decimos que su porvenir era el nebuloso horizonte del deshonor. Tal es la fisonomía moral y física de la suicida.

Diariamente, a las once, se presentaba Sofía en la puertecilla en que comienza el intrincado caracol de escaleras que conducen a los campanarios de la Catedral. Allí, junto a su amante pasaba largas horas y quizá el solitario nido de las cornejas que de noche vagan por las oscuras torres se convertía en la morada de amores sacrílegos que manchaban la santidad de la basílica.

Vestía un vaporoso traje blanco, floreado de lila y adornado con anchos listones rojos. Calzaba unas botas de piel de Rusia amarillo mate y, si algún indiscreto se hubiera fijado cuando Sofía subía la escalera, habría visto unas medias color de malva con rayas color de rosa.

El cuerpo de la suicida descendió con una rapidez vertiginosa en una posición de medio perfil. A la hora en que pasaron los hechos que relatamos, una numerosa cantidad de gente circulaba por Atrio, calles del Seminario, la Moneda, el Seminario, las Escalerillas y el Portal de Mercaderes, de modo que en un momento el atrio se invadió por una multitud de curiosos y muchos gendarmes que de los puntos cercanos acudieron en el acto.

Nada más horrible que el cadáver. Aquel semblante antes agraciado, de perfiles traviesamente sugestivos, estaba aplastado, contrahecho, deforme. En la plancha mortuoria, la suicida tenía amarrado al muslo izquierdo un sucio tarjetón en el que se leía:

Cuarta Demarcación:

Sofía Ahumada

Mañana más detalles.

*El Popular*, 2 junio de 1899